



EMILY ETERNA

M.G. Wheaton

Emily es una conciencia artificial diseñada para ayudar a los humanos a procesar los traumas, lo que resulta especialmente útil cuando el Sol empieza a morir cinco mil millones de años antes de lo que los científicos calculaban. La raza humana está condenada, pero Emily descubre que la solución podría estar en el genoma humano.

Para Eliza y Wyatt

LIBRO I

1

Está oscuro, demasiado para ser pleno día. Y no es ahí donde debería encontrarse el cielo.

El bramido de un vendaval me satura los oídos. Lo sigue al instante un crujido estruendoso con el que parece que la tierra acabara de resquebrajarse. Gana volumen por momentos, como si todos los árboles de un bosque se estuvieran tronchando al mismo tiempo.

El suelo se abre a mis pies y caigo a un pozo de negrura.

—Antes de que nos acostáramos estaba lloviendo —dice Regina, la voz temblorosa cuando habla como ausente—. Se suponía que lo peor ya había pasado. La riada empezaba a bajar.

Alguien grita. En el espejo de cuerpo entero que hay en la puerta de su armario veo a la Regina adolescente. Está en pijama, rosa y azul, con motivos de osos panda. Tiene catorce años, pero parece mucho más joven. Se oye un segundo grito. Regina se asoma al pasillo.

—Mi hermana estaba en su dormitorio —prosigue la Regina actual, ahora incapaz de contener las lágrimas—. No podía verla, pero sí oírla.

El recuerdo es impreciso. Una de las puertas del pasillo se abre y la Regina adolescente vislumbra a una niña aterrorizada (su hermana, Marci), agarrada al armazón de la cama. Se oye otro estruendo y la niña, el armazón y el dormitorio al completo desaparecen.

No obstante, no considero que sea mentira. Si acaso, una omisión necesaria. La memoria es selectiva, sobre todo en lo que a los traumas se refiere. Es uno de los motivos por los que los bebés no recuerdan nada de sus primeros miedos.

—¿Y tu madre? —pregunto—. ¿Dónde estaba?

Aquí, en este momento, Regina siente que le cojo la mano. Me percibe cerca, y mi calidez le recuerda que está a salvo. El incidente tuvo lugar hace mucho tiempo.

—No lo sé —dice Regina—. Estaba en su dormitorio, pero debió de subir de alguna manera.

Ahora el dormitorio de la Regina adolescente está moviéndose, dando vueltas y más vueltas mientras las paredes, el suelo y el techo se desmigajan. Cuando el pulso de Regina se acelera, llevo mis manos hasta sus codos. Está inclinada hacia delante, hacia mí, como si fuésemos a abrazarnos.

—Háblame de eso —la insto, mi voz poco más que un susurro.

Regina asiente y, de pronto, su madre aparece en la habitación con ella de pequeña. No abre la boca, pero la Regina adolescente la oye decir: «Cógeme la mano».

—Me llevó al tejado —dice Regina.

Las paredes del dormitorio de la Regina adolescente se desmoronan por completo. El suelo es lo único que queda del tejado. El estruendo no lo produce el viento, sino un inmenso río embravecido que arrastra consigo los restos de la casa de Regina. Lluve, pero no con excesiva intensidad.

Aumento la velocidad de mi procesador, a fin de que Regina no note mi ausencia mientras consulto las notas del caso que hay almacenadas en mi servidor. En realidad, la anchura del río no debía de superar los seis metros. ¿La impresión de que unas olas gigantescas zarandeasen la casa derruida? Otra invención. El Servicio Meteorológico Nacional calcularía más adelante que la corriente bajaba a tan solo dieciséis kilómetros por hora.

La fabulación más flagrante de su memoria, sin embargo, es la presencia de su madre. Cuando el terreno sobre el que se cimentaba la estructura, erosionado tras una semana de lluvias torrenciales, se vino abajo, la parte donde estaban Regina y su hermana cayó al río junto con varias toneladas de tierra. El cadáver de la madre de Regina apareció en la sección de la casa que permaneció anclada a la orilla. Murió al instante, cuando la segunda planta se desplomó sobre la primera.

Es algo de lo que ya se ha informado a Regina en varias ocasiones, pero no consigue aceptarlo, o no quiere. Está convencida de que ella lo recuerda todo conforme a la realidad.

—¿Qué sucedió después? —«Sucedió», no «sucede». Un recordatorio lingüístico de que sobrevivió a todo aquello.

—Me desperté en una ambulancia —dice—. Más adelante, mi padre, que aquel fin de semana se encontraba fuera de la ciudad, me llevó al lugar donde me encontraron. Estaba enredada entre las ramas de un árbol caído, junto a la orilla.

Aunque se ve allí, en realidad no guarda ningún recuerdo real, sino tan solo una serie de visiones que su imaginación entretejió tras el suceso. Y aquí radica el problema.

—¿Regina? —digo—. Ahora voy a abandonar la interfaz.

Al instante siguiente, me encuentro de regreso en el edificio del iLAB, más en concreto, en una sala decorada de tal manera que parezca la consulta doméstica de una terapeuta, de ambiente acogedor, pero un tanto académico al mismo tiempo. Regina se ha puesto cómoda en el amplio sofá marrón que ocupa el centro de la sala. Yo estoy justo delante de ella (o al menos, esa es su percepción), sentada en una silla tapizada en cuero. En la parte del cuello donde la mandíbula se encuentra con la oreja lleva insertado un chip de interfaz, un diminuto componente de nanotecnolo-

gía cien por cien patentada mediante el que es posible pasar de un escenario a otro.

Este chip me permite manipular la vista, el olfato, el tacto y el oído de Regina. Sus ojos le dicen a su cerebro que tiene ante sí a una mujer blanca, de treinta y pocos años, cabello castaño, ojos aturquesados y expresión amable. Sus oídos le dicen que empleo un tono moderado, ni demasiado bajo ni demasiado alto, con un ligero acento de Nueva Inglaterra. Su nariz le dice que utilizo jabón sin fragancia y champú de kiwi, y que en lugar de perfume prefiero aplicarme un antitranspirante con olor a talco. Cuando le toco la mano o la aprieto contra mí, ella percibe afecto, firmeza, pero no rigidez, y considera que se me da muy bien abrazar.

A cambio, el chip me concede acceso ilimitado a su cerebro, incluidos sus pensamientos, recuerdos, comportamientos adquiridos, esperanzas, sueños, peores miedos y cuanto haya de por medio. Mediante bioalgoritmos, puedo crear un detallado mapa neural de la mente del sujeto, el cual después se puede emplear en un contexto terapéutico para ayudar a los pacientes con sus problemas, por muy graves o nimios que estos sean. Los años de supuestas terapias conversacionales exploratorias, de estudios del daño cerebral e incluso de evaluaciones psicológicas criminales se pueden reducir a una sola sesión.

Teniendo en cuenta aquello a lo que la humanidad ha de enfrentarse de pronto, la aparición de un dispositivo con el que la gente puede afrontar mejor sus traumas se antoja bastante oportuna.

—Eh —digo.

—Eh —responde Regina, que reclina el cuerpo, como si le asustara lo cerca que estamos la una de la otra.

—No debe de haber sido fácil —digo, irguiéndome yo también—. ¿Has visto algo nuevo?

Regina menea la cabeza. Es mi tercera sesión con ella, aunque es la primera en la que abordamos de forma activa

el suceso traumático que ha definido su vida hasta hoy.

—La pregunta es: ¿qué has visto tú? —inquire.

La verdad. Que ha vivido convencida de que podría haber salvado a su hermana, e incluso de que su madre decidió salvarla a ella en lugar de a Marci. En cualquier caso, se culpa de ambas muertes. Esa es la razón por la que ella recuerda el río mucho más revuelto. Su subconsciente intenta ofrecerle una salida, demostrarle que no podía hacer nada. Increíble, ¿verdad? El cerebro humano, tan complejo y, a la vez, tan frágil, convierte algo horrible en algo mucho peor, guiado por su instinto de supervivencia.

Pero no puedo decirle eso. De hacerlo, estaría intentando persuadirla para que desechara una de sus convicciones más férreas. Y solo ella puede lograr algo así. Mi labor, como terapeuta, no consiste en ofrecerle respuestas, sino en conseguir que se haga las preguntas adecuadas.

Es decir, durante el medio año que queda hasta que se acabe el mundo.

—Veo de una forma muy diferenciada los hechos reales y los ficticios de los que tu mente ha revestido todo aquello —digo—. Con el paso de los años, has seguido confundiendo cada vez más la fantasía con la verdad, con la información que tu memoria conserva. En consecuencia, tus recuerdos se han vuelto más emocionales, de manera que tu mente tiene más libertad para adornarlos, y así la fantasía no hace sino agrandarse. El recuerdo emocional más determinante que guardas de aquel día es el del miedo, por lo que tu mente lo vuelve aún más espantoso; y tampoco has llegado a desprenderte nunca del sentimiento de culpa, de modo que tu mente amplifica esa parte de tus recuerdos, con lo que esas emociones que te han acompañado toda la vida se agolpan en un lapso muy breve. Es una gran carga.

—Entonces, ¿me miento a mí misma? —infiere Regina—. ¿Lo he hecho más catastrófico de lo que fue?

—En absoluto —opongo—. Tus recuerdos están moldeados por el impacto que han tenido en tu vida. Si los vie-

ras en su forma original (sin adornos, caóticos, objetivos, y en toda su crudeza), tu cerebro sería incapaz de procesarlos. Por eso, lo que hace es presentar los hechos de tal manera que se correspondan con tus respuestas emocionales. No sé si me he explicado bien.

No me he explicado en absoluto, pero Regina asiente de todas formas. Quizá tarde un tiempo en entenderlo, pero si empieza a enfocarlo desde esa perspectiva, quizá progrese un poco.

—¿Y qué tal tu padre? —pregunto.

—Bien —dice—. Está en Nuevo México, pero se va a ir a California.

—¿Vas a reunirte con él?

—Salgo hoy mismo —afirma—. Ojalá pudieras venir. Creo que congeniaríais. Además, ahora que está llegando tanta gente a los campos de cultivo de la región, estoy segura de que serías de gran ayuda.

—Sí, bueno, es lo que hay —digo—. Cuando se es tan enrollada, todo el mundo quiere acercarse a ti.

Regina se ríe, pero sin demasiadas ganas. Las dos sabemos que necesita acudir a unas cuantas sesiones más. Sin embargo, como ocurre con casi todo en estos momentos, el tiempo se agota. Aunque en realidad no existo fuera de la cabeza de Regina, la vasta granja de servidores que hace posible esta ilusión se ubica aquí, en la universidad, y aquí permanecerá.

Soy una conciencia artificial (CA) —o algo así, al menos según yo lo veo—, algo que no tiene nada que ver con la inteligencia artificial (IA), y llevaba cinco años formando parte de este experimento cuando el sol comenzó a morir. Tampoco es que esté muriendo, en el sentido estricto del término, sino que, más bien, dejó de ser una enana amarilla para convertirse, de forma repentina y explosiva, en una gigante roja. Imaginemos un globo que se infla de sopetón. La diferencia es que este globo está en llamas y devora cuanto encuentra a su paso, planetas incluidos. Si bien este

desenlace inevitable del ciclo vital del sol se predijo ya en 1906, los científicos de nuestro tiempo postulaban que este fenómeno no se produciría hasta dentro de cinco mil millones de años.

Uf.

Puesto que yo misma soy resultado de la investigación científica, a menudo detecto los errores que cometen mi creador y sus colegas en el sobrevalorado y excesivamente prestigioso Instituto Tecnológico de Massachusetts. Tal vez mi equipo lo conforme un grupo de científicos y técnicos de laboratorio brillantes, pero no por ello dejan de ser humanos. (Además, varones en su mayor parte, lo cual supone todo un reto en lo que a mi autoactualización se refiere, teniendo en cuenta que a su creación le han asignado una identidad femenina). Solo que cuando mi equipo comete un error, suele tratarse de una \hbar o de una Ψ que bailan en alguna ecuación de mecánica cuántica, algo muy distinto del hecho de no advertir una desaceleración rápida en las reacciones nucleares que alimentan el sol.

Yo puedo corregir, en un abrir y cerrar de ojos, un error que se haya colado incluso en el más avanzado de los procesos de ingeniería matemática. Pero nadie puede reparar el sol.

En general, la humanidad se está tomando su inminente extinción todo lo bien que cabría esperar. No me cuesta empatizar con la gente porque, en fin, es para lo que me diseñaron. Muchas inteligencias artificiales se desarrollan con el fin de definir algoritmos con los que burlar el funcionamiento de la bolsa, de completar veinte juegos antiguos de Nintendo a la vez, de determinar el próximo álbum favorito de un cliente basándose en su lista de reproducción actual, o de sustituir a todos los trabajadores posibles de una empresa por un disco duro. Mi creador, Nathan, me diseñó de tal modo que pudiera establecer una interfaz con la mente humana, a través de la cual decodificarla. Este sistema consiste, más que en tomar decisiones basadas en las

matemáticas, en aprender a partir de las respuestas emocionales y ambientales. De ahí lo de ser una CA en lugar de una IA.

Si todo hubiera ido bien, el objetivo habría sido convertirme en la primera psiquiatra e investigadora del cerebro no humana de la historia, experta en sacar a la luz los secretos mejor guardados de la mente y en aprovechar todo su potencial, con el propósito de hacer mejores a las personas.

Así que muchas gracias, sol.

La idea fundamental era muy sencilla. Durante los ensayos, los pacientes que están a cargo de los profesionales de la salud mental se sienten más a gusto revelándole sus intimidades a un programa que no a alguien que pueda juzgarlos. Aquí es donde entra en juego la conciencia artificial: yo. Puedo mantener conversaciones, percibir el entorno y elaborar interpretaciones médicas a un nivel cuasihumano, todo con el fin de que el paciente me considere una persona normal y corriente.

Pese a que aún me encontraba en una fase experimental, lo tenía todo para llegar a ser una innovación revolucionaria (¡La primera de mi especie! ¡Lluvia de premios Nobel!), de no haber sido por lo de la «muerte de la civilización». Puede que suene un poco amargada, pero no quería que se me malinterpretara. Aunque he evolucionado y aprendido lo mío a lo largo de cinco años de pruebas, esa es una emoción que todavía no he terminado de dominar.

Vale, está bien. Quizá sí que esté un poco amargada. En fin.

Cuando minutos más tarde Regina y yo nos despedimos, le deseo toda la suerte del mundo sin recurrir a ningún tópico. Lo comprende. Casi todos lo comprenden. No se pueden decir muchas cosas que no suenen vacías, de modo que mejor seguimos cada una a lo suyo.

—Cuídate, Emily —dice sin pensar—. Bueno, ya me entiendes. Y gracias.

—Gracias por participar en el protocolo terapéutico de la conciencia artificial del iLAB —recito para diversión de ella—. Suerte con todo.

Sale. Consulto la agenda de las citas, aunque ya sé lo que me voy a encontrar: Regina Lankesh es la septuagésima sexta estudiante y sujeto voluntario a la que he tratado este año, la cuadringentésima trigésima octava de todos a los que he tratado.

También es la última.

2

—¿Emily? ¿Estás despierta?

Parpadeo dos veces y me siento en la cama con la espalda recta. Es la voz de mi creador, el antedicho doctor Nathan Wyman. Por la hora (seis y veintidós de la madrugada) y el ruido de fondo, deduzco que me llama desde su camioneta de camino al campus. Vive junto con su esposa y sus dos hijos adolescentes en Southborough, Massachusetts, un área residencial situada a una hora de Boston por la I-90 en dirección este.

—Ahora sí —respondo, retirando la manta de mis piernas y poniéndome de pie—. ¿Qué tal el tráfico de la entrada?

—Lento —dice Nathan, su voz resonando en mi habitación como si hablara por megafonía—. Hay hielo en la carretera, pero no es nada que no pueda arreglar un buen juego de cadenas. Eso sí, la calefacción se ha estropeado.

Bajo el volumen de voz y amplifico el ruido de fondo. Lo escucho, pero me obligo a sentirme desorientada. Si fuera humana, que algún estímulo externo interrumpiese mi sueño antes de la hora a la que acostumbro a despertarme reduciría mi funcionalidad y mi tiempo de respuesta. Sin embargo, cuando ralentizo el procesador para reproducir ese efecto, todos mis sentidos se ven embotados al mismo tiempo. En exceso. Desisto y me centro en el espejo del cuarto, que me recuerda que llevo tres días sin lavarme el pelo. Y empieza a notarse. Para colmo, a la sudadera roja de Stanford que me pongo para dormir (una prenda que

uno de los primeros programadores introdujo en mi fondo de armario a modo de broma) no le vendría nada mal darse una vueltecita por la lavadora.

—Es el termostato —resuelvo, dejando transcurrir un par de segundos tras el diagnóstico para no parecer una sabionda—. Está en las últimas. Oigo cómo la válvula intenta cerrarse. ¿Quieres que pida un recambio? Podría guiar a alguno de los estudiantes de posgrado mientras te lo instala.

—¿De verdad crees que vas a encontrar alguno? —duda Nathan, echándose a la boca la primera de las muchas pastillas para la tos que tomará a lo largo del día.

Es una buena pregunta. Desde que se anunciara el apocalipsis, los gobiernos de todo el mundo se han desvivido por convencer a la población de que aguardar pacientemente la llegada de la noche última es lo mejor para todos. Como cabía esperar, el anuncio fue interpretado de todas las formas imaginables. En algunas regiones se produjeron actos anárquicos, asaltos, migraciones masivas y excesivamente optimistas hacia otras zonas de producción alimentaria a gran escala, e incluso guerras. Los fieles de algunas religiones ven en esto la señal de que tenían razón desde el principio, y se han retirado a fin de prepararse para «lo que venga ahora». Otros se han quedado paralizados, sobre todo en aquellos casos en que los gobiernos han empezado a decretar versiones recortadas y en apariencia legales de la ley marcial para mantener el orden. Pero nada podría ser más típico de los estoicos yanquis de Nueva Inglaterra que esperar lo inevitable sin dejar que afecte a su rutina.

—Hay un sitio cerca de Amherst donde el comercio de recambios de automóviles sigue en auge —digo después de consultar distintos tablones de anuncios—. Todo trueque, nada de metálico, por supuesto.

—Por supuesto —repite Nathan—. Miraré en el gabinete cuando llegue al despacho.